ca, y que los más ilustres exegetas modernos no han podido tampoco interpretar con todos los datos de la ciencia. Ni Wilson, Cowel y Goldstucker con su sistema de respetar y seguir las opiniones de Sâyana y los teólogos; ni Weber, Benfey, Roth, Muir y Max Muller, con su crítica científica y las leyes positivas de su lingüística, preferibles ciertamente á las preocupaciones religiosas y á las absurdas etimologías de los indios, han conseguido nunca semejante triunfo sobre los misterios del origen.

DIOSES DEL IRAN.

HAOMA, PERAHOM, AHURA-MAZDA.

La teología mazdeana ó religión de Zoroastro ofrece, en su culto del fuego, pruebas excelentes en apoyo de nuestra investigación. Zoroastro es mucho más antiguo de lo que se cree. Su historia, aproximada á nosotros por el espejismo de la leyenda, se pierde realmente en la noche de los tiempos, y no se sabe, á decir verdad, si es un hombre ó un mito. Parece que su nombre es Zarathastra ó astro de oro, cosa que no aclara nada la cuestión de origen. Los antiguos hacían figurar á Zoroastro en los últimos límites de la historia, en un período fabuloso ya, haciéndole contemporáneo de Nino y de Semiramis. El historiador Justino hace de él un rey mago de los bactrianos que tuvo guerra con Nino; pero los más serios testimonios, entre ellos el de Xanto, contemporáneo de Herodoto y el más enterado de las cosas antiguas según Dionisio de Halicarnaso, suponen que vivió cinco ó seis mil años antes de la guerra de Troya, lo

cual representa una antigüedad que en vano han tratado de aminorar los sabios del Renacimiento por esa tendencia á encerrar, en un período marcado de antemano, toda la cronología. Como quiera que sea, su religión se presenta en los Nazkas, que son sus libros santos, con un carácter que, sino es primitivo por la elaboración del dogma, se acerca bastante á los orígenes por la conservación directa de las tradiciones.

El culto del fuego, sin mezcla de idolatría, es la base del mazdeismo. Ya hemos hecho notar que, en esta religión se observa el caso extraño de que los nombres divinos de los Vedas son en ella demonios ó espíritus malos, con pocas excepciones; así se lee en los Nazkas: «Pronunciad estas palabras victoriosas que curan: Yo aniquilo á Indra; yo aniquilo á *Çaru*, yo aniquilo al Dêva Nâonghaitia.»

Este *Çaru zenda* es el sanscrito *Çarva*, uno de los más antiguos nombres del *Shiva* de la trinidad brahmánica. Este odio á los otros dioses no se concibe en el seno de una misma raza educada de la misma manera; y sin embargo, á juzgar por la lengua, el sanscrito y el zenda son hermanos. Para comprender esto vamos á proceder por analogía. Los dioses del imperio romano no se convirtieron en demonios á los ojos de los mismos pueblos que estaban acostumbrados á adorarles, hasta que una religión más espiritual y más mística, venida de fuera, extraida del seno de otra raza, el cristianismo, apareció trayendo nuevos ideales y consuelos á la humanidad. Sólo un reformador inspirado, y auxiliado por entusiastas apóstoles que secunden sus miras, puede conseguir tales resultados. Ahora bien; Zoroastro, sin ser precisamente aryano, debió representar el papel de Jesús ó de Mahoma en el aryanismo; debió romper con los antiguos dioses del Arya, algunos de ellos de procedencia extraña,

como Indra, considerándoles espíritus malos, cuyo culto separaba á los hombres del verdadero y único Dios de la luz y de la vida. Así se explica la ruptura del Arya y del Iran. Y que la reforma tuvo esta razón de ser, puede confirmarse con el carácter unitario de pureza que Zoroastro asignó á su religión. Algunos dioses, sin embargo, muy queridos del pueblo por ser de evolución enteramente aryana, como Mitra y Varuna, fueron convertidos en ángeles por él. Es por lo que decíamos antes que Indra debía ser un dios de procedencia turaniana, y por eso encontramos su significación de *fuerza* en el eúskaro. El brahmanismo es, acaso también, una vuelta á los origenes, que habrá sufrido, antes de su difinitivo triunfo, una larga incubación de tímida resistencia bajo la opresión de dioses extraños á la raza. La oposición que señala Burnouf, entre el magismo y el brahmanismo, no existe pues; porque el magismo es muy anterior al brahmanismo, que es indio, y la ruptura debió tener lugar antes de la separación de las dos ramas y acaso ser causa de ella. Donde se marca la oposición es entre los Nazkas y los primeros Vedas.

La misión de Zoroastro es de las más sublimes, porque es, por excelencia, moralizadora. Es el primero de los grandes reformadores, y en él empieza verdaderamente la lucha consciente del bien contra el mal, preñada de progresos y esperanzas.

Zoroastro es el profeta y el revelador de Ahura-Mazda, anterior, muy anterior, á la redacción de los Nazkas, en donde se le invoca ya como un santo consagrado por la tradición, á quien no sólo se debe la nueva ley, sino una nueva era.

Marcan los Nazkas la ruptura de la tradición aryana en dos períodos precisos; uno, el de la antigua ley, en el cual no figuran todavía ni Zoroastro ni Ormud,

sino *Haôma*, el más antiguo nombre de Dios de que hay noticia; otro, el de los hombres de la nueva ley, *Nabanazdista*. Burnouf ha hecho notar y con razón, que este período de la nueva ley señala la separación del Arya y del Iran.

En el nombre de Haôma, ó *Homa*, se ve la filiación turaniana. *Homa* es Juma; es la espiración, es el espíritu; en cambio, el *Ahura* de Zoroastro es el espíritu universal presente en el fuego, como hemos visto ya por incidencia. *Homa* tiene la variante *Soma* en la India, y es, al mismo tiempo, el nombre de un licor extraido del jugo de un vegetal que tiene la virtud, después de consagrado, de llevar en sí el espíritu del Dios. Mientras que los otros sacramentos no dan más que la pureza, éste da la vida, porque es el mismo Dios, asimilado al hombre por la comunión.

Era este el dogma capital del culto mazdeano: «Yo soy Hom, se dice en el Yaçna» (h. IX), el santo que aleja la muerte. Sacrifícame ó Gúitama; prepárame para comerme; cántame himnos.»

«Zoroastro contesta: «Yo te dirijo mi oración, ó Hom! Hom puro, que das lo que es bueno, que das la justicia, que das la pureza, la salud, etc. *Cuando las almas te comen con pureza*, tú las proteges, ellas son dignas del paraiso.»

El mazdeismo no conoce más sacrificio que éste; no admite sacrificios cruentos. El oficio divino consistía en la celebración de este misterio; el oficiante, teniendo en la mano el cáliz en el momento de la consagración, decía estas palabras: «Por esta sóla copa que yo te presento, dame tres, cuatro, seis, siete, nueve, diez por uno; recompénsame así, ó puro *Perahom!* da la pureza á mi cuerpo. Vela sobre mí, *Hom*, *producción* excelente. Ven tú mismo, fuente de pureza. Dame, Hom santo, que alejas la muerte, las moradas

celestes de los santos, mansión de luz y de dicha.» (Yaçna, h. XI.)

En este himno, aparte de su importancia como rito histórico, por verse en él el origen del misterio eucarístico cristiano, se encuentra el nombre de *Perahom*, que para nosotros es muy significativo, porque prueba que el sacerdocio antiguo conocía las dos partes ó las dos onomatopeyas del nombre divino, pero que en ciertos colegios, se reservaban una como más misteriosa y daban la otra al vulgo. Por eso Hom, durante el oficio, es llamado por el sacerdote: *Pera-hom*, nombre que probablemente no conocería el pueblo.

Ahora bien: en *Perahom*, se ven perfectamente las onomatopeyas. ¡Qué misterio tan general y tan universalmente conservado! Si las plantas son fuentes de salud y de vida, *Pera-hom* es el espíritu que les da esta virtud; es Dios en la planta que produce la inmortalidad, rechaza la muerte, y da la salud y larga vida; «planta de hermoso cuerpo, de amarillos colores, de tallos flexibles, buena de comer.» En ella se concentran todas las virtudes curativas, medicinales y saludables de las otras.

«*Pera-hom* es, pues, (y esto lo dice Max Muller) *la fuerza vital*, *expansiva*, *creadora*, *saludable*, *actuando* en la naturaleza por los jugos mágicos de las plantas.» ¿No es este el sentido que hemos dado nosotros á las dos onomatopeyas desde un principio? ¿Puede darse más consonancia entre el nombre y la representación?

Pera-hom es *Ber-a-hom;* es el primitivo nombre del *Pardjania* védico, que viene á darnos la razón en aquella etimología como en todas.

Pero ¡qué antigüedad! anterior á la formación del Rig Veda y á la excisión de la raza aryana.

Los escritores griegos no están bien informados del

papel de *Hom* en la liturgia mazdeana. Plutarco habla de cierta planta llamada *Omômi*, que, en su oficio sagrado, los magos machacan en una especie de mortero, y sirve para hacer libaciones á Ahriman.

Estrabon dice que los magos celebran sus ceremonias teniendo en la mano un ramillete de pequeñas plantas. Es, en efecto, el hazecillo de Hom que en la liturgia mazdeana hace un servicio continuo y se llama en los libros santos, *barsom*. Aquí tenemos otro nombre más claro todavía: *barsom (ber-jom* ó *ber-hom)* el jugo, el espíritu de *Hom* en la planta que va á servir para el sacrificio; el espíritu animador de la naturaleza, representado en aquella planta. Esto nos va á explicar el extraño dogma de la eucaristía mazdeana, por asociación de ideas.

Esta idea de comer el hombre á su Dios no existe más que en el mazdeismo y en el cristianismo: «Tomad y *comed;* este es mi cuerpo», ha dicho Cristo. «Prepárame para comerme», dice *Hom*. ¿Cómo pudo nacer idea tan rara? Veamos.

Siendo Hom, el soplo ó espíritu vital, desde un principio, unido al *ber*, en *Perahom* y en *barsum* del sacrificio, resulta ser el espíritu creador y productor en la naturaleza. Si es el que produce y anima y da la vida y hace germinar las plantas, no hay duda que debe estar en ellas como en todo lo que manifiesta vida ó crecimiento; pero este modo de estar es por completo, en todas y cada una de las partes. Hasta aquí la asociación de ideas no puede ser más lógica. La obra del mundo no se parece á las obras humanas que, una vez hechas, pueden abandonarse, no; el mundo, en todas sus partes, necesita cuidados constantes para su conservación. Es obra de todos los momentos, por lo mismo que es vivo. Una planta necesitó, en el concepto de los hombres primitivos, que el espíritu

universal la asistiese, la hiciese crecer, la diese forma y color, y residiese en ella.

No podían comprender, y nadie lo ha comprendido hasta ahora, cómo un ser vivo puede hacerse á sí mismo, darse forma con perfecta regularidad y crecer ó desarrollarse sin que el espíritu de creación universal, que lo llena todo con su vida y lo anima con su calor, no siguiese paso á paso, en todos los momentos, las diferentes fases del desenvolvimiento. Así adoraban á Dios hasta en lo más humilde, y en vez de ser extravagantes eran profundamente religiosos. Y si Dios está en la planta ó en sus jugos, comiéndola ó bebiendo su licor, el hombre se asimila el espíritu de vida que reside en ella, y por esta intimidad con la naturaleza viva no puede menos de cobrar fuerzas, pureza y salud. El sacerdocio se encargó después de dar valor dogmático á la idea, con la consagración. Es admirable que este gran dogma de la moral epurada, apreciado tan sólo por algunas naturalezas privilegiadas, la intimidad de Dios con el hombre, ó la existencia de lo *inconsciente* en el fondo del ser, cuya fórmula religiosa dió San Pablo: «en Dios estamos y El está en nosotros» que tanto respeto y dignidad debe causar en la personalidad humana, haya sido simbolizado desde el principio, en esa intimidad material del *Hom*.

El hombre necesitaba, y necesita aun, esta representación visible de lo divino que está en él operando sin dejarse ver.

Probada está la lógica del dogma.

El mito de los *Feruers* no ha sido bien comprendido. Se ha querido hacer de él un mito metafísico, suponiendo á los *Feruers* una especie de ideas tipos como las de Platón, presidiendo cada uno su cosa ó su ser. Los angeles, los animales, los hombres, los astros, toda existencia tiene su *Feruer*. ¿Qué quiere decir esto?

Feruer, en zenda *Fravachi*, no significa lo que se ha supuesto: *fra*, encima, y *vach*, crecer ó vivir; sino que son formas de la onomatopeya repetida en *Feruer*, y de las dos del soplo y el calor en *Fravachi*. No significan más que el espíritu vital que anima á cada existencia. Después se supuso este espíritu, inmortal y separado de los cuerpos; y los *Feruers* son desde entonces las almas persistentes y eternas. El mismo Ormud tiene la suya que equivale á nuestro verbo. A este *Feruer* supremo se refieren las palabras de Ormud sobre el principio del mundo: «El puro, el santo, el activo *Honover*, ó Sapetman Zoroastro, te lo digo claramante, era antes del cielo, antes del agua, antes de la tierra, antes de los rebaños, antes de los árboles, antes del fuego, hijo de Ormud, antes del hombre puro, antes de los *dewas*, antes de los kharfesters, antes de la existencia del mundo, antes de todos los bienes, antes de todos los puros gérmenes dados por Ormud.» (Yaçna h. XIX.)

¿Quién será este *Honover* tan antiguo?

El espíritu creador, el soplo de vida y el principio del calor animador teologizado ya: *Hon-ó-ver*; las dos onomatopeyas con su significado constante.

«Mi nombre es la palabra de todo» dice Ormud en otra parte; y en efecto, los elementos que forman el nombre de Dios en todo el mundo, dieron origen también á casi todas las palabras del lenguaje humano, pero sólo en los nombres divinos se conservaron puros á causa del respeto de las generaciones.

En esta teología mazdeana, Ahriman, no por ser el genio del mal, deja de ser una gran divinidad, participando á medias con Ormud del imperio universal. El nombre primitivo de Ahriman, en zenda, es *Aghrô-Mainius*, espíritu malo. La primera parte *Aghrô*, *Agh-rô*, contracción de *Agh-ero*, conserva las raices en perfecto

estado, y hasta la significación de espíritu, tradicional en zenda. ¿Qué más prueba de que es también el espíritu vital, ó el principio espiritual del calor? No hay más diferencia de él á Ormud ó *Ahura-Mazda*, que en el epíteto, *Malo*, en vez de *Sabio*, debido á la noción que del mundo se llegó á formar la teología mazdeana. Esta aparición en la tierra del principio del mal personificado, que tantas consecuencias entrañaba y que tantos tormentos iba á causar realmente á la pobre humanidad bajo el disfraz nominal de diablo, empieza de este modo.

«Ormud, exclama Zoroastro, ¿quién es el que produce los males y atormenta al mundo?»

Ormud le responde: «Es el que enseña la mala ley ó Zoroastro..... Yo le he dado el *Hom* bien preparado, el *Miezd* en abundancia; á pesar de esto, él no ha querido hacer el bien.» (Vend. Farg. XVIII.)

Y en el Yaçna dice: «Al principio del mundo celeste me dijo él: O tú que eres la excelencia, yo soy el crimen.»

«El orgullo pierde á Ahriman, como á Satanás: Cuanto más le he rogado más orgulloso se ha hecho», dice Ormud en otra parte.

De este orgullo, principal causa del mal, todos tenemos un poco. Ahriman, antes de ser zoomorfizado en serpiente, como lo más vil y rastrero de la creación, no era más que la idea del mal producido en la sociedad humana por la libertad de la ignorancia. Así Ahura-Mazda es el dios *omnisciente*, porque sólo el saber puede ser causa del bien. Ormud procura atraer á los malos, les ofrece el *Homa* y el *Miezd*, pero la ignorancia prefiere placeres inmediatos, y el orgullo rechaza la gracia, haciendo uso de la libertad; sin embargo, al fin de los tiempos, todos serán humildes y sabios y aceptarán la gracia de Ormud. Es en lo que se diferen-

cian los dos mitos: en la conducta de Dios y de Ormud respecto de ellos. Satanás no tiene perdón; pero al mismo tiempo desempeña un puesto oficial: es el verdugo de la justicia de Dios, encargado de castigar eternamente al malo. Ahriman, en cambio, será vencido por la gracia que opera siempre en él, y atraido al bien, porque Ormud no piensa más que en librar del mal al universo. Hubiera podido Ormud suprimir el mal desde un principio, quitando la libertad al hombre y á los seres; pero entonces, todo mérito habría desaparecido con la evolución moral, hecha imposible, y la inteligencia misma no podría desenvolverse sin las luchas de la libertad que sirven de acicate al progreso. Lo que no puede Ormud, es hacer una inteligencia de repente, sinó, la hubiera hecho.

Ahora, Satanás se condena, y Ahriman se salva. ¿Cuál de los dos desenlaces es mejor?

Por lo demás, *Diablo* ha sido *Ja-ber*, con la *D* sanscrita, *Diabalo*, en eolico *zaballo*, porque donde hay una *D* inicial sanscrita se hace *z* y desaparece la *i*. *Diabolus* es corrupción bizantina; y en latín se ve Zabulus por Diabolus; luego Dia-bel-us=*Ja-ber*.

Y por último, lo que es decisivo, entre los veinte nombres que Ahura-Mazda revela á Zoroastro como suyos, el duodécimo: «*Ahmi Popol Vug:* Yo soy el *hirviente*, no permite dudar de que es la primitiva onomatopeya, el hervor del agua, lo que ha formado la mayor parte de los nombres de Dios. Decir soy el *hirviente*, es como si dijera Ormud: «Soy el que conocieron vuestros padres, al principio, en el hervor del agua; soy el espíritu del calor que anima las burbujas; soy el sonido que dió lugar á mi nombre; soy la onomatopeya *Popol*, ó *Popor*, *Bobor*, *Borbor*, *Ber-ber*, de la que se formaron todos mis nombres.

Nuestro adjetivo *fuerte* es el *fortis* latino, paralelo al

bor y *phor* de los hebreos, que se encuentra en griego bajo la forma de afauros ἄφαυρος con la *á* privativa, flojo, débil, y que corresponde todavía al adverbio *valde*, sacado del adjetivo *validus*; por eso el *fort-bean* francés equivale á muy hermoso, bien bello, hermosísimo. Es la aplicación de las onomatopeyas á todas las cosas buenas, después de haber nombrado con ellas á los dioses.

La tradición estoniana no se había perdido, como se ve, en la raza aryana.

THWASHA.

En las invocaciones del Vendidâd, sólo se hace mención dos veces de Thwasha, y sin embargo, Thwasha es un gran dios.

«O Zarathustra, se dice, celebra á Thwasha que obedece á su propia ley, el tiempo, (akaranahê) (kronos,) sin límites, el viento (vayaos) que vive en las alturas (uparokairyêhe)» (XIX, 44).

En otra parte del Vendidâd (III, 149) se emplea el término Thwashem en el sentido de un viento poderoso con el calificativo de rápido.

Neriosengh traduce uno de sus atributos por *svayamdatta*, creado por sí mismo, en cuyo caso, Thwasha es una divinidad primitiva que tiene existencia propia.

Spiegel, que quiso relacionar este dios con el moderno *Sipiur* (esfera), aunque con muy pocas pruebas y forzando mucho la concordancia, confiesa sin embargo, que los eranianos tenían á Thwasha por el primer dios del Cosmos.

Es, pues, cosa segura, que Thwasha, cualquiera que sean los atributos que después se le han dado, confundiéndole con la atmósfera, con la bóveda celeste, ó con la esfera ó circunsferencia terrestre, como hace